

ros, equilibrados, tan bellos en la forma como son de hondos en su contenido. Los versos de Huerta son de la más elevada estirpe castellana, tanto por la castiza lozanía de su expresión cuanto por el maravilloso don poético, de noble relieve y fina resonancia que ostentan. Son como las viejas monedas de argentino y siempre alegre son. Es la sabiduría de una raza con siglos de experiencia, que repunta en un vigoroso y tierno brote. El alma que se asomó por los dilatados panoramas del pretérito y se baña de nuevo en la fuente de Juvencio. ¿Qué decir del acierto para expresar la emoción del recuerdo que hay en el siguiente cuarteto de una de las composiciones de su «Cancionero Mozo»?

Madura fruta olorosa,  
membrillo entre ropas puesto,  
la vida entera exhalaba  
un aroma de recuerdos.

Y luego, en su «Saludo a la Mancha»:

Tu corazón, ¡oh Mancha alticeleste!  
sin largos ríos que su anhelo lleven,  
asido a su ideal, palpita y sube,  
con paso azul, al cénit de diamante  
en locura arrogante.

La expresión del poeta surge como las vertientes montañosas. Sólo Dios sabe quién pone la gracia, la claridad, la transparencia que en el sol se irisa de todos los matices del color.

PIEDRA Y NIEVE.

Baltasar Castro. Un nuevo nombre en nuestra literatura. Y también de Rancagua como Oscar Castro, el fino poeta. Baltasar nos regala su festín literario con energía, con ese viril entusias-

mo de los hombres que hablan de algo que conocen bien, porque sus pupilas se saturaron con el panorama que los conmueve. En este caso es otra vez la cordillera, el motivo. Ya habló de ella Mariano Latorre, Juan Modesto Castro y Gonzalo Drago. Ahora sigue Baltasar Castro por este camino que tendrá seguramente un interés cada vez más apasionante.

Son cuentos teñidos con la viva tragedia que surge del misterio. Cada encrucijada, cada garganta es un abismo de sorpresas. El hombre vive eternamente en lucha con los elementos sorpresivos y a veces traidores. Y Baltasar Castro que creció mirando los cerros, y conociéndolos palmo a palmo cuenta con viril energía y singular encanto las cosas que allí vivió y que se le quedaron en las retinas y en el corazón.

Aparte de esto Alberto Romero, el prologuista nos dice «Pieza de convicción traída al alegato confiado al fallo de la crítica y al veredicto inapelable del público. «Piedra y Nieve» documenta aspectos específicos de la realidad social chilena».